

CLAUDIO SANCHEZ-ALBORNOZ

MAESTRO DE HISTORIADORES

Por Pedro MASSA

Claudio Sánchez-Albornoz es el primero de los historiadores españoles actuales y una de las grandes figuras de nuestra intelectualidad. Su prestigio es auténticamente internacional y su magisterio ha dejado una fecunda escuela en España, Francia, Estados Unidos y Argentina. A lo largo de toda una vida, ejemplarmente entregada a la investigación histórica y al servicio de la libertad, Claudio Sánchez-Albornoz ha levantado una obra copiosa y excepcional. Hoy el gran historiador español resume, en esta apasionante entrevista, su vida y su obra. Pedro Massa, corresponsal de A B C en Buenos Aires, premio Mariano de Cavia, es el autor de este extraordinario documento periodístico en el que se trasluce el hambre de España que tiene Claudio Sánchez-Albornoz, aquí retratado junto a un crucifijo, en su casa de Buenos Aires.





DON Claudio Sánchez-Albornoz, en cuya casa estamos, nos dice señalándonos su mesa de trabajo.

—Siéntese ahí y escribirá más cómodo.

La mesa de trabajo de don Claudio es un promontorio de libros, papeles, revistas y carpetas, y en medio de este maremágnum de cosas, se abre un pequeño espacio plano donde coloco a duras penas mis cuartillas. De modo que eso de la comodidad para escribir no deja de ser un ilusionado optimismo del maestro.

Hace dos años, con motivo de haberle concedido la Academia Nacional de Lincei, de Roma, el premio internacional Antonio Feltrinelli —considerado como el Nobel de los historiadores y con una dotación de 2.240.000

pesetas— vinimos también a visitar a don Claudio y mantuvimos con él una larga charla, que apareció, luego, en estas mismas páginas. No nos trae aquí ahora, como entonces, un solo motivo, sino el deseo de escuchar de sus labios todo cuanto quiera decirnos de su vida y su obra, viejo designio de estos Domingos de ABC, en homenaje a quien ocupa eminente lugar en la historiografía española y aun en la universal de nuestro tiempo.

UN MUCHACHO SIN JUEGOS NI ALEGRIAS DE MOCEDAD

CUANTO quiera decirnos de su vida y su obra... Se sienta don Claudio a nuestra vera, en un sillón de damasco, ex-

- **"MESES ANTES DE ESTALLAR NUESTRA CONTIENDA, TRIUNFABA LA ANARQUIA EN LAS CALLES DE MADRID Y AUN DE ESPAÑA ENTERA. EL GOBIERNO IBA PERDIENDO DIA A DIA EL CONTROL DEL ORDEN PUBLICO. HABIAMOS COMETIDO EL GRAVE ERROR DE DESTITUIR A DON NICETO"**
- **"LA GRAN FALLA DE AZAÑA FUE SU DEBILIDAD; GRAVISIMO PECADO EN POLITICA. SU DEBILIDAD Y SU DERROTISMO DESESPERANTE"**
- **"DESPUES DEL 18 DE JULIO DE 1936, AZAÑA FUE PRISIONERO DE UNA CONJUNCION DE FUERZAS POLITICAS —SOCIALISMO, ANARQUISMO, COMUNISMO— EN LA CUAL LOS REPUBLICANOS —BURQUES, DEMOCRATAS Y LIBERALES— NO REPRESENTABAN NADA"**
- **ORTEGA LE DIJO A ALBORNOZ DURANTE LA GUERRA CIVIL: "ALBORNOZ, PASE LO QUE PASE, EN DIEZ AÑOS NO PODRA HABER ELECCIONES EN ESPAÑA, SO PENA DE CAER DE NUEVO EN EL CAOS"**

tiende sus brazos sobre los del mueble, echa atrás su cabeza y entornando los ojos para hilvanar mejor los recuerdos, comienza a hablar lento, suave, con esa media voz en que lo pasado parece cuajar en un presente de emociones vivas. Y sabemos en un relato intermitente, fresco, espontáneo, sin orden de fechas, que hace setenta y nueve años —en abril de 1893— vino al mundo en Madrid, hijo de padres abulenses, don Nicolás Sánchez-Albornoz y doña Teresa Mendiña; que fue un muchacho, en el fondo, sin juegos ni alegrías de mocedad, puesto que su padre lo hizo su constante compañero y con él iba a los pasillos del Congreso

donde don Nicolás ocupaba un escaño como diputado por Avila; y con él iba también a su tertulia de la Cervecería Inglesa —Carrera de San Jerónimo, esquina a Echegaray—.

—De estos años de niño —explica don Claudio— el mejor de los recuerdos se lo lleva mi bisabuela, doña Josefa Martínez Real. Era pulquérrima, lo que se dice «como los chorros del oro», y le encorcoraba que los aldeanos que venían a visitar a mi padre, en tejemanejes electorales, me besuquearan, pensando con ello agradar a su jefe político. «Cuando te vaya a besar uno de esos hombres —me aconsejó mi bisabuela— díles: No me be-

A la izquierda, una fotografía de don Claudio en brazos de su bisabuela, doña Josefa Martínez Real. Bajo estas líneas, el ilustre historiador al llegar a Buenos Aires, en 1940.





Una imagen histórica: Claudio Sánchez-Albornoz (a la derecha) y Ramón Menéndez Pidal, en la Sierra de Gredos. Don Ramón copia en su cuaderno un "romanillo viejo" que canturrean los pastores.

se usted que no soy reliquia.» En efecto, minutos después de tal advertencia, hete aquí el primer besuqueante y yo que le suelto la desabrida repulsa. No quiera usted saber la cara que puso mi padre al oírme, pues se trataba, nada menos, que de uno de sus mejores amigos y más fieles servidores en cuestiones de votos. Al conocer de dónde había partido el consejo, se atrevió a reconvenir a su autora por los desastrosos efectos del mismo. Pero no contó con la resuelta palabra de mi bisabuela, quien le dijo: «Esa gente babosea al niño al besarlo y yo no puedo aguantar semejante porque-

ría. No te asombres. Prefiero una pecadora limpia a una santa sucia». Desde luego, mi bisabuela no empleó el término «pecadora», sino otro más perentorio y castizo que yo no le había oído jamás.

Sigue don Claudio, a grandes trancos, recordando años y hechos: bachillerato en el Colegio de los Escolapios de San Fernando, de Madrid; estudiante de Derecho a la vez que de Filosofía y Letras; primeras lecciones con el maestro don Eduardo de Hinojosa, uno de los fundadores de la ciencia moderna de España...

Hinojosa hace cambiar a Albornoz el rumbo de sus

afanes científicos. «Al verle comentar en clase el arcaico "Fuero de León" del siglo XI —escribe Menéndez Pidal—, la innata afición del joven alumno al estudio documental vio abrirse ante sus ojos un horizonte insospechado; sintió un atractivo irresistible por las dificultades que encerraban los documentos antiquísimos, en especial aquellos más oscuros y más complicados en su interpretación, e inmediatamente resolvió abandonar la rutinaria carrera de Derecho para consagrarse a la especialidad del maestro Hinojosa. Ya tenemos aquí bien clara una firmeza vocacional y un decidido repudio del influjo

ejercido por la rutina o moda vigente.» (En estas palabras de don Ramón está entera y verdadera la personalidad de Sánchez-Albornoz como historiador y como maestro.)

PRIMER GRAN TRIUNFO DE SÁNCHEZ-ALBORNOZ, O UNA EXTRAÑA LUNA DE MIEL

SIGAMOS en escueta línea la vida de este hombre: doctor a los veintiún años (1914); bibliotecario y archivero, a los veintitrés; a los veinticinco, catedrático de Historia de España en la Universidad de Barcelona; a los veintisiete, profesor de

Historia Medieval en la Universidad de Madrid, al quedar vacante por fallecimiento de don Eduardo de Hinojosa. En estos días contrae matrimonio con Concha Aboín, hija de los condes de Montefrío.

Conviene detenerse en este punto de la vida de don Claudio, puesto que va a producirse en ella un acontecimiento singularmente transcendental, en cuanto al desarrollo de sus trabajos se refiere.

La Academia de la Lengua y la de la Historia convocó un certamen nacional sobre este tema: «Cóvadonga. Historia del reino de Asturias y de sus instituciones». El premio votado en Cortes eran 25.000 pesetas, una verdadera fortuna en aquel tiempo, a más de la extraordinaria significación del concurso en sí.

Menéndez Pidal insta seriamente a Albornoz a que acuda al certamen. «Pero, don Ramón, me acabo de casar» —opone el enamorado con toda la razón del mundo—. «Yo hice como viaje de novios la ruta del Cid —replica Menéndez Pidal—. Bien puede usted preparar el trabajo. Es su deber de discípulo de Hinojosa.»

Después de estas palabras, no hubo sino entregarse por entero —en plena luna de miel— a la tremenda, a la desaforada labor, con el aliento poderoso de su mujer, que quiso seguirle en todas sus andanzas y diligencias: visita de archivos; recorrida por todos los lugares de los antiguos reinos para sentir la grandeza de los escenarios históricos: montañas, valles, ríos, intrincados bosques. Y luego, llevar al papel documentos, investigaciones, testimonios de todo tipo, en interminables copias mecanografiadas. Y así un mes y otro, desde junio del 21 a diciembre del 22, hasta formar cinco gruesos volúmenes sobre los que hubo de emitir dictamen el jurado correspondiente, integrado por Menéndez Pidal, Bonilla San Martín y el insigne arabista don Julián Ribera.

Pese a los esclarecidos competidores que tuvo don Claudio, el premio fue suyo, alegría que se vio pronto tur-

bada por repetidos ataques cerebrales, consecuencia, sin duda, del agotador esfuerzo.

—Estos son los cinco volúmenes que estuvieron a punto de terminar conmigo —dice don Claudio acercándose a un estante y tomando en sus manos uno de los grandes libros forrados en piel—. Como usted ve, permanecen inéditos —abre el volumen y me enseña sólo hojas mecanografiadas—; pero aquí está la raíz, el fundamento de otros muchos libros míos, que sin estas páginas, posiblemente no existirían.

DIPUTADO, MINISTRO, EMBAJADOR DE LA REPUBLICA

ASENTADAS autoridad y fama con el preciado galardón, don Claudio va ya de triunfo en triunfo. En 1925, la Academia de la Historia lo llama a su seno. Versa su discurso de entrada sobre «Estampas de la vida leonesa hace mil años». Funda el «Anuario de Historia del Derecho Español», «publicación que fue y sigue siendo gran animadora de los estudios institucionales», al decir de Menéndez Pidal. Caída de la Monarquía y proclamación de la República. Albornoz, que no quiso años atrás suceder a su padre en la diputación por Avila, ahora logra la representación en Cortes de «su tierra» e integra, por consiguiente, el primer Parlamento republicano. El primero y dos más, ejerciendo también los cargos de consejero de Instrucción Pública, rector de la Universidad de Madrid, vicepresidente de las Cortes, ministro de Relaciones Exteriores... Por cierto, que de la designación de este último puesto (1933) tuvo noticia en Buenos Aires mientras dictaba un curso en la Universidad y otro en la Institución Cultural Española.

Parece ser que, al regresar de la Argentina para ocupar la citada cartera, y ante sus repetidos triunfos, su maestro de siempre, don Ramón, con paternal sonrisa y echándole su brazo por el hombro, le dijo: «Albornoz, arroje su anillo al mar para aplacar la cólera de los dio-

ses, envidiosos por sus éxitos».

—Yo no seguí su consejo —nos dice ahora don Claudio— y los dioses se vengaron de mí.

DEBILIDAD Y DERROTISMO DE AZAÑA. GUERRA CIVIL

PROLEGOMENOS de la guerra civil.

—Bien sabe Dios lo que me cuesta tener que hablar de esto —comenta Albornoz—; pero es indispensable para seguir con cierto orden el hilo de mi vida. Meses antes de estallar nues-

en Portugal. Durante muchas noches dormí inquieto, con el teléfono a la cabeza de la cama, esperando se me comunicara la proclamación de la salvadora dictadura. La ansiada noticia no llegó jamás. Y pensé entonces —y sigo pensando ahora— que la gran falla de Azaña fue su debilidad; gravísimo pecado en política. Su debilidad y su derrotismo desesperante. Recuerdo un día —junio del 36— que estábamos en el palacio de la Zarzuela, después de almorzar, tomando café en el jardín, bajo añosos árboles. Moles, el ministro de la Gober-



París, febrero de 1960. Don Claudio Sánchez-Albornoz pronuncia una conferencia, seguida de coloquio, en el aula de Altos Estudios de la Sorbona. En la imagen aparece, después del acto, entre el hispanista francés M. Pierre Vilar y Javier Rubio.

tra contienda, triunfaba la anarquía en las calles de Madrid y aun de España entera. El Gobierno iba perdiendo día a día el control del orden público. Habíamos cometido el grave error de destituir a don Niceto. Y el nombre de Azaña —con su anuencia, desde luego— surgió para sustituirle. En una reunión que tuvimos de ministros y ex ministros de izquierda republicana —acaudillada por Azaña— se acordó que sólo una dictadura republicana podría salvar a las instituciones y sus bases esenciales. Elegido Azaña, y tras su jura como presidente, el 15 de mayo viajé a Lisboa para hacerme cargo de nuestra embajada

nación, nos hablaba de las últimas noticias sobre huelgas, alzamientos, invasiones de fincas, asaltos, tiroteos... Yo atisbaba el rostro de Azaña y esperaba de él una decisión drástica; a lo menos, un gesto esperanzador de que iba a ponerse coto a tamaña anarquía. Pues ni el gesto esperanzador ni la decisión drástica llegaron. Azaña se limitó a exclamar, impávido, cuando Moles terminó su larga letanía de desafueros: «Bien, ya estamos buenos para que nos fusilen». Ninguno de los contertulios dijo una palabra. Sólo Lolita, su mujer, se atrevió a acusar el golpe: «Manolo, yo no quiero morir tan joven». No hay que decir que me desplomé

interiormente. Todo estaba perdido. No podía admitir sin cólera que el máximo jerarca de la República consintiera en la derrota de la misma y no se decidiera a defenderla, y a la patria, de los horrores de la guerra.

Queda don Claudio, después de estas palabras, un momento pensativo, mudo. Silencio que no quiero interrumpir porque adivino que al instante reanudará sus reflexiones. Y así es:

—Azaña pagó caros sus tres pecados del año 1936: la destitución de don Niceto, su deseo de abandonar la presidencia del Consejo de Ministros para ocupar la presidencia de la República y su debilidad frente a la crisis del poder público. Los pagó caros, porque él, un burgués liberal que hubiera sido un excelente jefe de Gobierno de la Tercera República francesa o en la Monarquía de los Saboyas, después del 18 de julio de 1936, fue prisionero de una conjunción de fuerzas políticas —socialismo, anarquismo, comunismo— en la cual los republicanos —burgueses, demócratas y liberales— no representaban nada. No se necesita conocerle demasiado para calcular su amargura en las horas que le tocó vivir.

EXILIO EN FRANCIA. SALVA BAJO LOS BOMBARDEOS SUS ORIGINALES Y FICHEROS

—¿C UANDO deja usted la embajada de Lisboa? —preguntó a don Claudio, para seguir un poco el hilo de los sucesos.

—La dejo en otoño de 1936, al romper relaciones Portugal con la República española. Y París fue conmigo, donde me instalo, con mis hijos y mi hermano, en el hotel du Caire, el mismo en que visité, en 1927, a Sánchez Guerra, también exiliado. Por estos días, veo a Ortega, que acababa de ser operado en París. Siempre sentí por Ortega —pensador profundo, prosa bellísima, mágico orador— una admiración sin límite. Fue uno de los grandes de la cul-



Roma, 1970. Don Claudio recibe el premio Feltrinelli, considerado como el Nobel de los historiadores, de manos del director de la Academia Nacional de Lincei.

tura occidental en la primera mitad de este siglo. Lamenté con él su apartamiento de las Cortes Constituyentes donde prestó gran servicio a España. Ejercía una gran fascinación sobre los diputados de todas las tendencias. Recuerdo que le dije: «Un gran discurso suyo, de madrugada, contra la República Federal, cambió el curso de la planeada organización constitucional de España». Al hablar de nuestra guerra, por entonces en toda su crudeza y discutiendo sobre el mañana, se atrevió a vaticinar: «Alborno, pase lo que pase, en diez años no podrá haber elecciones en España, so pena de caer de nuevo en el caos». Quién hubiera podido entonces pensar la larga vigencia que iba a tener su profecía.

—Pero París no podía ser para mí larga estancia —sigue don Claudio—. Tenía que ganarme el pan. Hice varias diligencias en procura de algo. Un día, me telefoneó mi amigo Cirot, decano de la Facultad de Letras de Burdeos. «Affaire entendue» —me anunció jubilosamente—. He logrado crear para usted una cátedra en la Universidad. Venga cuanto antes». No vacilé. Y fui a Burdeos con mis padres, mis hijos y mi hermano. Tres años viví en la «banlieu» bordelaise, en Caudérnan. Veía crecer a mis hijos y declinar a mis padres, mien-

tras el alma se me escapaba, hora a hora, hacia las soleadas tierras de España donde nuestros compatriotas —todos hermanos para mí— se mataban con saña.

—Al acabar nuestra guerra y ante la amenaza de la mundial que ya se perfilaba con infaustos presagios, los padres de Alborno volvieron a España y él se quedó en Caudérnan con el resto de su familia. Da cima, por este tiempo, a una de sus obras capitales: «En torno a los orígenes del feudalismo», que, como es bien sabido, destruye la teoría del gran historiador alemán Brunner, que «atribuía el nacimiento de la feudalidad al impacto producido en Francia por la caballería árabe invasora». Por cierto que, cuando ya en plena guerra mundial sonaban en Caudérnan las sirenas anunciando los bombardeos de los alemanes, Alborno y los suyos llevaban en una carretilla hasta una trinchera cavada en el jardín de su casa, el original de la gran obra y sus ficheros copiosísimos, con lo que lograron salvarlos.

Pero la guerra hizo también imposible vivir en Caudérnan, infortunio al que hubo de unirse la pérdida de su cátedra en Burdeos. Refugiado en Marmande y sin medio alguno de subsistencia, vio partir a sus hijos para España y desde la Francia libre, trató, cable tras cable, de encontrar trabajo en

cualquier país de Hispanoamérica. La siempre noble Institución Cultural Española, de Buenos Aires, acogió con los brazos abiertos al solitario y atribulado historiador. Y tras un viaje largo y difícil si los hay, encuentra en tierra argentina —diciembre de 1940— trabajo, afecto y veneración.

ARGENTINA. AQUI PRODUCE LO MEJOR DE SU OBRA

COMIENZA ahora ese dilatado tiempo —tres décadas largas— al que podríamos adscribir el título de segunda y más valiosa jornada de la vida de este hombre eminente. Pasma, en realidad, la labor en todos los órdenes llevada a cabo por Sánchez-Alborno en la Argentina. Profesor en la Universidad de Mendoza hasta 1942. Buenos Aires crea en esa fecha para él la cátedra y el Instituto de Historia de la Cultura Española Medieval y Moderna, que luego se transformó en cátedra e Instituto de Historia de España. En 1944 fundó los «Cuadernos de Historia de España», de los que van ya publicados medio centenar. Enseñó simultáneamente en Buenos Aires, Rosario, La Plata, en el Instituto Superior del Profesorado Secundario. Dictó ciclos y más ciclos de conferencias en muchas universidades de América y de Europa, como,

asimismo, en incontables centros culturales de la Argentina.

Conmueve, realmente, la emoción con que sus alumnos hablan de su magisterio. «Cuántas horas ha consagrado a sus discípulos —escribe uno de sus más destacados, la profesora Hilda Grassotti—. Con qué devoción y paciencia nos ha iniciado, nos ha guiado, nos ha ayudado y ha corregido nuestros trabajos. El cultivo de la Historia Medieval y de la Historia de España en la Argentina es su obra. Argentina le debe gratitud. No es blando en los exámenes a los que pone fin con un «Vaya usted con Dios», que saca del purgatorio al alma en pena del examinado, zaran-deado por él durante tres cuartos de hora. Pero los estudiantes argentinos saben cuánto se ha entregado a quienes han querido trabajar de veras».

«Aquí ha producido lo mejor de su obra» —repiten sus biógrafos, con ostensible orgullo quienes llevan sangre argentina en las venas. Y no cuesta mucho admitir que, en efecto, así es. En su interminable bibliografía, se nos ofrecen en la «Opera Magna», estos títulos famosos, salidos de los tórculos argentinos: «En torno a los orígenes del feudalismo», Mendoza, 1942, tres volúmenes. «Ruina y extinción del municipio romano en España e instituciones que lo reemplazan», Buenos Aires, 1943. «El ajbar Maymu'a . Problemas historiográficos que suscita», Buenos Aires, 1944. «La España Musulmana», Buenos Aires, 1946, dos volúmenes. «El Stipendium» hispano-godo y los orígenes del beneficio prefeudal», Buenos Aires, 1947, «España, un enigma histórico», Buenos Aires, 1957, Editorial Sudamericana, dos volúmenes. «Despoblación y Repoblación del valle del Duero», Buenos Aires, 1966.

Además de estas obras ha redactado un par de centenares de monografías que han aparecido en diversas revistas argentinas, españolas, francesas, italianas... Sus discípulos las registra-

El autor de este extraordinario documento periodístico, Pedro Massa, junto a don Claudio Sánchez-Albornoz, en la ciudad de Buenos Aires.



ron en la bibliografía que acompaña al «Homenaje» con que le honraron al cumplir los setenta años. Esas monografías y las publicadas en España han sido recogidas, en los últimos años, en una serie de libros cuyos títulos son los siguientes: «Estudios sobre las instituciones españolas medievales», Universidad de México, 1965. «Investigaciones sobre historiografía hispana medieval», Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 1967. «Miscelánea de Estudios Históricos», Centro de Estudios Isidorianos, León, 1970. «Investigaciones y documentos sobre las instituciones medievales hispanas», Editorial Jurídica de Chile, 1970. «Estudios visigodos», Instituto Storico italiano per il medio Evo, Roma 1971.

En Oviedo, el Instituto de Estudios Asturianos está publicando su obra, en tres volúmenes, «Orígenes de la Nación Española: Estudios Críticos sobre la historia del reino de Asturias». Ha entregado para los Cuadernos de Historia de España que aparecerán coincidiendo con sus ochenta años, dos extensas monografías que ocuparán 400 páginas, tituladas: «Homines mandationis» y «Proceso, dinámica y proyecciones de la Repoblación del reino astur-leonés».

Momento es éste singularmente propicio, no para proyectar luces de alabanza sobre la obra del historiador, que eso ya lo hicieron críticos famosos del mundo, pero sí —pues que acabamos de hablar de monografías, ensayos, artículos sobre temas literarios, muchos de ellos, aparecidos en esa gran hoja, orgullo del periodismo americano, que es «La Prensa», de Buenos Aires— para decir algo sobre el estilo de Sánchez-Albornoz, sin carga histórica alguna; como vehículo, simplemente, de su pensar y sentir.

Sánchez-Albornoz, si nacido en Madrid, castellano viejo es por los cuatro costados, y de Castilla tiene, en su palabra, sobriedad, exactitud, casticismo, esa gracia enjuta, que no deja por eso de ser sabrosa y cálida, como una fruta madura. Qué bien se ciñe esta serenidad garbosa de Albornoz a algu-

na de sus afirmaciones. Por ejemplo, a ésta, en el Prefacio de su «España, un enigma histórico»: «No soy hombre espectral capaz de contemplar friamente a España absorbido por mi diaria labor. Me abraza el alma su inquietante destino». Y de estos escapes de pasión y emoción está llena su prosa.

ALGO SOBRE «ESPAÑA, UN ENIGMA HISTÓRICO»

DE todas las obras de Albornoz nacidas en la Argentina, la que ha suscitado críticas más elogiosas y apasionadas, a la



«Es bien conocido el por qué don Claudio se lanza a la ímproba labor de su obra magna, «España, un enigma histórico»: trata de invalidar la tesis de Américo Castro en su libro «España en su historia» (1948), en el que viene a afirmar «que todo en España es resultado del maravilloso desborde de la marea arábigo-hebraica sobre los arenales peninsulares». Palabras de Albornoz, quien continúa así enjuiciando el estudio de Castro: «Me he alzado contra la absurda y torpe teoría de que lo español es posterior al 711, lo que, en buena lógica, equivale a decir que todo lo ocurrido en la Península antes de la invasión islámica, cae fuera de la historia de España. Resultarían también ajenos a nosotros hechos tan decisivos, en cuanto a la cristalización de España se refiere, aparte de las guerras celtibéricas, las batallas de Guadalete y Covadonga, la gesta del Cid, la jornada de las Navas y muchas otras hazañas.» (Don Claudio Sánchez-Albornoz aparece en la copiosa y extraordinaria biblioteca de su casa en Buenos Aires.)

vez, es, sin duda, «España, un enigma histórico». Desde luego, está justificado que así sea, porque, como dice su discípulo y catedrático de

la Universidad de Madrid, Luis G. de Valdeavellano, en estas páginas es «donde el saber y el pensamiento de un gran historiador han logrado su plena sazón».

Es bien conocido el por qué don Claudio se lanza a la ímproba labor de esta obra magna: tratar de invalidar la tesis de Américo Castro en su libro «España en su historia» (1948) en el que viene a afirmar «que todo en España es resultado del maravilloso desborde de la marea arábigo - hebraica sobre los arenales peninsulares». Palabras de Albornoz, quien continúa así enjuiciando el estudio de Cas-

do lo ocurrido en la Península, antes de la invasión islámica, cae fuera de la historia de España. Resultarían también ajenos a nosotros hechos tan decisivos, en cuanto a la cristalización de España se refiere, aparte de las guerras celtibéricas, las batallas de Guadalete y Covadonga, la gesta del Cid, la jornada de las Navas y muchas otras hazañas.

HAMBRE DE ESPAÑA

SEGUIRIAMOS, interminablemente, hablando con don Claudio, siempre con España en los labios; con el pasado, el presente y el futuro de España. No sabe o no quiere seguir otro derrotero en su charla adolorida y placentera a la vez. Este hombre enérgico, tajante en sus cosas, nada blando en su ademán y palabra, cuando pronuncia el nombre entrañable de nuestra tierra, uno lo ve transfigurarse, encenderse los ojos, mirar al vacío, como si, a través de los aires, quisiera percibir contornos, soles y caminos de los lugares de toda su vida.

Pese a que para nadie es un secreto la posición o política de don Claudio, la que mantiene con toda firmeza, deliberadamente la olvido, para decirle, al tiempo de despedirnos:

—Don Claudio, ¿por qué no vuelve usted a España? Infinitos amigos y discípulos le darían a usted un abrazo muy fuerte, y la tierra, su España le abrazaría también con toda el alma.

—No, no... —me responde, temblándole la voz—. Allí no tengo nada: Lo perdí todo: mi casa, mis libros, mis papeles...

—Pero tiene usted a sus hijos y a su patria, que valen más que todas las casas y papeles del mundo.

—Sí, sí, tiene usted razón. Pero no; no vuelvo, no vuelvo...

En la entraña de estas dos palabras, «no vuelvo», yo veo arder el más angustioso de los anhelos; el hambre de España más desahogada y conmovedora.

Pedro MASSA